

para juntar mi sombra con su sombra querida
y aguardarle temblando de amores y ternuras
del furioso Aqueronte en las playas oscuras...

(Placia, delirante, se deja caer desde las gradas
del atrio).

ESCENA V

Ganimedes, Placia.

Ganimedes entra por la izquierda llevando entre sus manos el celeste cáliz, que resplandece como si tuviera luz propia. Parece como si estuviera poseído todavía del delirio sagrado. Avanza lentamente hacia el centro de la escena. Levanta la copa a lo alto y luego la besa. En ese instante distingue a Placia desmayada y cubierta de sangre. Corre hacia ella y la sostiene sobre sus rodillas.

Ganimedes.— *Pareces una virgen vestida de alborada,
semejás una luna sobre el mar recostada,
pareces los armiños de una cándida pluma,
semejás un lucero sobre un nido de espuma.
Tu rostro es como crátera de pálido alabastro
cuyo esplendor cobija la claridad de un astro.
Tu frente la pintaron aljófares de estrellas;
tu boca los rubores de púdicas doncellas;
tus grandes ojos glaucos de lumbré misteriosa
se duermen bajo el nácar de párpados de rosa;
cascadas de oro puro semejan tus cabellos
en donde el sol entuende la luz de sus destellos;
y tus ebúrneas manos irradian en las cosas
fulgores inocentes y lumbres amorosas...
¿Qué es esto que mi mano sobre tu cuello toca?
¡Ob Júpiter! Es sangre que mana de tu boca.
¿Qué espíritu alevoso con llanto de rubies
manchó de tu garganta los suaves alielies?
¿Quién borra de tu rostro la aurora sonrosada?
¿Quién sella de tus labios la fuente perfumada?...*

(Placia abre los ojos y distingue a su amado)

Placia.— *Eres tú, Ganimedes?... Mis ojos te confunden...
Por fin nuestras dos almas en un amor se funden,
como en un mismo valle los vientos del estío,
como en un mismo cáliz las gotas de rocío.
¡Ob contemplar tu frente serena y pensativa!
¡Ob contemplar tus ojos de llama siempre viva!
¡Sentir entre tus manos mi frente aprisionada!
¡Sentir junto a mi boca tu boca embalsamada!
¡Oír de tus palabras la concha de armonía
que vierte en mis oídos celeste melodía!
¿Quién puede de mi alma medir los esplendores?
¿Quién puede el embeleso medir de mis amores?
Sólo tú que me brindas el frescor de la palma,
Sólo tú que me llenas de perfumes el alma.*

Ganimedes.— *Tu voz es como el ave que anuncia a las auroras
la danza cadenciosa de las divinas Horas,
como de las Libétrides el unísono canto
que derrama en las cumbres su melódico encanto.
Se parece al susurro de la fuente sagrada,
a la flauta Siringa en la selva encantada,
a las arpas cólicas en los bosques umbríos,
a gorjeos de aves y a rumores de ríos.
Tiene ricos y cálidos y amorosos acentos,
y murmullos y arrullos y suspiros de vientos.*

(Plácida se queja)

Ganimedes.— *¿Por qué causa tu canto se transforma en sollozo
y en un rictus de pena la sonrisa del gozo?*

(Volviendo a darse cuenta de que Placia está herida)

Ganimedes.— *¿Por qué baña tu sangre con sus rojos corales
tu cuello?*

Placia.— *Di ¿mi sangre?*

Ganimedes.— *¿Y tus ropas nupciales
de licor escarlata las contemplo teñidas?
Voy a traer unguento y a curar tus heridas.*

Placia.— *No vayas, sí, no vayas. La voz con que me nombras,
tu alarma y mis dolores revelan que en las sombras
del Erebo profundo no moro todavía.
¡Y yo que por seguirte gozosa me moría!...
Mirando que apurabas ese cáliz dorado,
creyendo que bebías licor emponzoñado,*

*quise entonces contigo en la muerte encontrarme
y en las playas eternas con tu sombra juntarme.
¡Ob falaces engaños que la suerte prepara!
Lo que pudo juntarnos nos desune y separa.
Tú vives y yo muero. Misterioso destino...*

Jamás podrá mi planta marchar por tu camino.

Ganimedes.— *No llores, no lamentos tu suerte, dulce Placia;
te vas a los jardines de sempiterna gracia.
Abí donde Natura sonriente se extasia
ante las claras lumbres del amoroso día,
y los eternos bosques cubiertos de esmeraldas,
renuevan los retoños que mecen sus guirnaldas,
y a las risueñas fuentes que corren rumorosas
los pájaros responden con arpas melodiosas.
Abí donde los vates en odas celestiales
celebran de los héroes los bechos inmortales,
y fluyen del Leteo las linfas silenciosas
lamiendo las encinas, los mirtos y las rosas,
y donde todo es calma, reposo y armonía,
crepúsculos de ensueños y copas de alegría.
No tiembles, compañera, que si pudiera hoy mismo
del Tártaro profundo cruzaría el abismo...
Pero voy a otras cumbres de mayor excelencia,
de los dioses reinantes gozaré la presencia.
Miraré de sus rostros la belleza riente
que perfuma los huertos, la montaña y la fuente,
que hace santo, armonioso y radiante este mundo
y en el hombre penetra con aliento fecundo.
En sus copas divinas verteré la ambrosía
y llenando sus copas verteré la alegría.
Y en mi néctar el gozo de sus almas daréles
y en su gozo supremo crecerán los vergeles,
tendrán miel las abejas y los ríos rumores
y cosechas la tierra y las selvas verdes.
¡Ob la máxima ofrenda de ser uno instrumento
para dar a los mundos esplendor y sustento!
¡Ob tener en las manos la nutricia bebida;
ser Dador de la Vida, ser Dador de la Vida!
La copa que tú viste no guardaba veneno;
el néctar de los dioses agítase en su seno.*

(Levanta con sus manos la copa para que la vea
Placia)

Ganimedes.— *Contéplala en mis manos... ¡Parece un sol radiante!...
Pues bien, si no consigue mi ruego suplicante
persuadir a mis padres, cuando despunte el día,
beberé de sus oros las gotas de ambrosía.*

Placia.— *Bebe el licor sagrado. ¿Qué importan mis anhelos,
mi amor y mis dolores, mi muerte y mis desvelos?
¿Qué soy ante tu vista sino una débil planta,
una hoja que vuela, una fuente que canta?
Ya ves, por tí moría creyendo conseguírte
y en lazos eternos a mi destino unirte.
Todo fué una demencia. Cuanto más te acercaba,
cuanto más te atraía, tanto más te alejaba.
¡Cuán débil soy ahora! ¡Cuán pobre mi constancia!
Que de la Tierra al Orco no media tal distancia
como separa, ¡oh dioses! mi vida de tu cielo.
No tienen ya mis alas poder para ese vuelo...
Ven muerte, sume ahora mi pena en el Averno. (1)
Te amo, Ganimedes, con un amor eterno.*

(Placia expira en los brazos de su amado)

ESCENA VI

Ganimedes, Coro de Ninfas y Náyades.

Comienza la alborada. Se escuchan murmullos de pájaros en la selva. El cielo se aclara poco a poco. Ganimedes conduce el cuerpo de Placia al pie de la encina y lo llena de flores. Entran bailando varias grupos de Ninfas, cubiertas de velos blancos, que agitan en el aire como si fueran los vellones de una neblina. A medida que va iluminándose la escena, las Ninfas arrojan sus velos y aparecen vestidas de variados colores.

(1) La palabra "Averno" pertenece a la mitología latina, pero el autor ha hecho uso de ella porque "infierno" no sugiere la idea que ha querido evocar. Asimismo se excusa de haber empleado la palabra "Júpiter" en vez de "Zeus", forzado por las exigencias del verso. Los eruditos encontrarán que Placia no aparece en la leyenda de Ganimedes; es creación del autor para darle un interés dramático a este poema.—J. B. A.